





# **Recuerda Sefarad**

**Magia, vida y muerte en la Aljama**



DIVULGACIÓN

# Recuerda Sefarad

**Magia, vida y muerte en la Aljama**

MARIANO F. URRESTI

XI PREMIO JUAN ANTONIO CEBRIÁN

algaida

El jurado del XI Premio Internacional de Divulgación Histórica «Juan Antonio Cebrián», convocado por la Asociación Cultural Juan Antonio Cebrián y patrocinado por la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Crevillent y Grupo Enercoop, estuvo compuesto por José M.<sup>a</sup> Aznar, Silvia Casasola, Mado Martínez, Miguel Ángel Rodríguez Matellanes, Ana Satorre y Luis del Val. La obra *Recuerda Sefarad, magia, vida y muerte en la Aljama*, de Mariano F. Urresti, resultó ganadora.

Imagen de cubierta: [www.agustinescudero.com](http://www.agustinescudero.com)

Primera edición: 2023

© Mariano F. Urresti, 2023

Autor representado por Silvia Bastos, S.L. Agencia Literaria

© Algaida Editores, 2023

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9189-871-9

Depósito legal: SE. 1.412-2023

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



## ÍNDICE

¿Por qué esta noche es diferente de todas las otras noches? . . . . . 11

PRIMERA CARTA A HANNAH:  
CUANDO CREÍAMOS EN LA MAGIA

La magia en la Torá . . . . . 19  
El origen del nombre de nuestro perro, Raziel . . . . . 26  
El Libro de Raziel . . . . . 30  
Siempre el rey Salomón . . . . . 36

SEGUNDA CARTA A HANNAH:  
CUANDO LLEGAMOS A SEFARAD

El largo camino de un pueblo sin tierra . . . . . 43  
Cuando llegamos a Sefarad . . . . . 51

TERCERA CARTA A HANNAH:  
CUANDO VIVÍAMOS SEGÚN LA LEY

De la persecución visigoda a la supuesta conspiración . . . . . 61  
Déjame que te hable un poco de la Torá . . . . . 68  
613 normas para vivir y morir . . . . . 70

<i>Sabbat</i> o por qué vivimos en otro tiempo . . . . .	77
<i>Pésaj</i> . . . . .	82
Otras fiestas . . . . .	87

CUARTA CARTA A HANNAH:  
CUANDO VISITASTE NUESTRA CASA EN LA ALJAMA

La aljama. . . . .	93
Vamos a la sinagoga . . . . .	98
De paseo por la aljama . . . . .	104
Te voy a presentar a alguien. . . . .	108
¿Sorprendida al ver a tus antepasados? . . . . .	111

QUINTA CARTA A HANNAH:  
CUANDO ESTUDIÁBAMOS LA CÁBALA

La cuerda que Yahvé nos lanza . . . . .	119
A la sombra del árbol de la vida . . . . .	122
Los cabalistas de Sefarad . . . . .	126
Versos divinos . . . . .	132

SEXTA CARTA A HANNAH:  
CUANDO ESTUVIMOS BAJO LA MEDIA LUNA

Los días dorados de Sefarad. . . . .	139
La perla de Sefarad . . . . .	145
El <i>príncipe</i> de los judíos . . . . .	156
El Águila de la Sinagoga . . . . .	162



SÉPTIMA CARTA A HANNAH:  
CUANDO ESTUVIMOS BAJO LA CRUZ

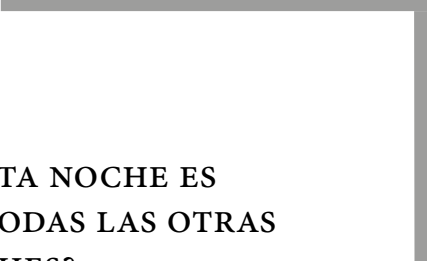
Los judíos durante la Reconquista . . . . .	171
La vida nunca fue fácil en Toledo . . . . .	177
La aljama toledana. . . . .	182
Traductores. . . . .	190

OCTAVA Y ÚLTIMA CARTA A HANNAH:  
CUANDO NOS EXPULSARON DE NUESTRA CASA  
Y NOS LLEVAMOS LAS LLAVES

El niño de La Guardia. . . . .	205
La peste. . . . .	212
La muerte llegó en 1391 . . . . .	218
Nos llevamos las llaves . . . . .	224
¿Cómo limpiar la sangre? . . . . .	239
Sefarditas exiliados . . . . .	248
Nota final . . . . .	251
Cronología . . . . .	255
Bibliografía . . . . .	259







## ¿POR QUÉ ESTA NOCHE ES DIFERENTE DE TODAS LAS OTRAS NOCHES?

Sobre el mantel blanco que cubría la mesa se habían dispuesto tres panes ácimos, uno encima del otro. Junto a ellos, verduras amargas: lechuga, berros, rábanos picantes y endivias. A su lado, una masa compuesta de frutos secos, miel, canela, manzanas y vino. Y un trozo del brazo de un cordero, y apio para mojar en un recipiente que contenía vinagre. Había, además, un huevo cocido.

Junto a esas viandas propias del ritual, aguardaban otros manjares que la familia iba a compartir. Cada uno de los comensales tenía junto a sus cubiertos un ejemplar de la Agadá, el relato del Éxodo que debía leerse durante la cena; un verdadero manual para la celebración que había convocado a la familia de mi amigo Ezra, el cual había tenido la bondad de invitarme aquella noche.

Durante unos instantes, me permití el pecado de la envidia. Sí, lo admito.

Estudí el rostro de los familiares de mi amigo y añoré lo que yo jamás tuve. Ezra había sido bendecido con dos hijos y una hija que le habían dado cuatro nietos. La más pequeña, Ava,

tenía diez años y fue quien al comienzo de la lectura de la Agadá pronunció la frase ritual: «¿Por qué esta noche es diferente de todas las otras noches?».

Su voz sonó dulce, pero en su expresión percibí desgana y aburrimiento. Resultaba evidente que le hubiera gustado estar en cualquier otro lugar y no en aquella cena en la que se iban a bendecir y consumir cuatro copas de vino en recuerdo a la promesa de redención divina a Israel expresada en Éxodo (6, 6-7): «...os sacaré...os liberaré...os redimiré...os tomaré».

Había una quinta copa en mi honor y en recuerdo al profeta Elías, tal y como se contempla en la Torá. Esa copa se consume en el caso de que alguien ajeno a la familia se una a la celebración. Es un símbolo de la hospitalidad judía.

A mi amigo Ezra no se le pasó por alto la indiferencia de su nieta más pequeña y con suavidad pero con firmeza le recordó la importancia de aquella celebración.

Aquella cena conmemoraba la Pascua judía, le dijo. Era una de las tres peregrinaciones al templo de Jerusalén en los tiempos bíblicos y se celebraba siempre durante ocho días, los comprendidos entre quince y el veintitrés del mes de *nisán*.

—El mes de abril, para que lo entiendas —aclaró mientras su nieta asentía con la carita muy seria y los enormes ojos negros abiertos como ventanas de par en par—. Al principio, era una fiesta de pastores —continuó diciendo mi amigo—, pero luego se añadió otro festejo, el de los panes ácimos, y adquirió un carácter también agrícola. En esa fiesta estaba prohibido el consumo de pan y de cualquier producto con levadura. Más tarde, se convirtió en la fiesta en la que nuestro pueblo celebraba la salida de Egipto, y en ella conmemoramos el *séder*, el orden, de las dos primeras noches de Pascua. Por eso leemos el relato de lo que ocurrió entonces —añadió señalando la Agadá.

Mi amigo recordó a su nieta que ése era el motivo por el cual días antes se hacía una limpieza en la casa para eliminar cualquier resto de levadura en vestidos o cubiertos, puesto que nuestros antepasados huyeron de Egipto tan aprisa que no hubo tiempo para que la levadura leudara.

—Estos tres panes ácimos o *masot* —prosiguió Ezra—, simbolizan a los sacerdotes, a los levitas y al resto de nuestro pueblo. Las verduras amargas que ves sobre la mesa son el símbolo de la esclavitud que padeció Israel; la pasta de frutos secos y miel —señaló otro de los platos— recuerda al mortero con que se construyeron las casas para el faraón, y este trozo de un brazo de cordero es la representación del brazo de Yahvé, que nos liberó de Egipto.

—¿Y el huevo cocido? —se atrevió a preguntar la niña.

Ezra sonrió:

—Representa la fugacidad de las cosas terrenales y también recuerda el dolor por la destrucción del Templo.

La niña arrugó la nariz. Los demás comensales sonrieron, pero yo advertí una profunda tristeza en los ojos de amigo Ezra. Sus otros tres nietos se habían reído de la pequeña Ava, pero en su actitud se adivinaba el mismo escepticismo, el mismo desinterés que la niña, en su inocencia, había expresado abiertamente.

Por segunda vez a lo largo de aquella jornada me asaltó el temor de que un día ninguna familia sefardí celebrara la Pascua. Los jóvenes parecen más preocupados por el mundo virtual, por las redes sociales y todas esas simplezas que les rodean. Ni a los cuatro nietos de Ezra ni a otros que como ellos hayan olvidado que por sus venas corre la sangre de Sefarad les importará el *Pésaj*.

Desde hace unos años colaboro con la Red de Juderías de España, Caminos de Sefarad. He visitado todas las ciudades que

la integran: Ávila, Barcelona, Béjar, Cáceres, Calahorra, Córdoba —donde vive mi amigo Ezra—, Estella, Lizarra, Hervás, Jaén, León, Lorca, Lucena, Monforte de Lemos, Plasencia, Ribadavia, Sagunto, Segovia, Tarazona, Tudela y Tui. No menciono Toledo, pues es la ciudad en la que vivo. La asociación me ha invitado a dar conferencias en algunas ocasiones y, siempre que he podido, he asistido a algunos de los actos culturales que organizan: el Festival de los Conversos en Hervás, el Festival de Música Sefardí en Córdoba, las Jornadas Europeas de Cultura Sefardí en Lucena o la Semana Sefardí en Toledo, entre otras. Pero a pesar del encomiable esfuerzo que realizan los impulsores de esas programaciones, me temo que nuestra cultura sigue siendo una gran desconocida no solo por parte de quienes no son judíos, sino también por parte de quienes, como la pequeña Ava, son descendientes de la vieja Sefarad.

Aquella misma mañana me había estremecido con esa idea tras leer unos documentos de extraordinario valor histórico y literario que habían sido exhumados no lejos de Lucena, razón por la cual yo me encontraba en Córdoba en aquel momento celebrando la Pascua en casa de mi amigo y colega Ezra Talavera.

En el transcurso de unas excavaciones dirigidas por él, se había encontrado un viejo cofre de latón que contenía, cuidadosamente envueltos en cuero, media docena de *responsa*, las respuestas que los rabinos daban a las múltiples preguntas que se les formulaban tanto en materia religiosa o científica como social. En aquellos textos medievales, escritos con una calidad literaria excelsa, un rabino explicaba a un joven discípulo algunos puntos de la Torá.

Pero ¿qué ocurrirá cuando no haya rabinos que expliquen la ley porque no haya interés alguno entre los jóvenes por conocer su pasado?, pensé.

El día 30 de marzo de 2018 el periódico *La Vanguardia* publicó una entrevista a Koldo Leoz, presidente entonces de la Red de Juderías de España, en la que explicaba que el proyecto «nació por el interés de querer preservar y divulgar su legado sefardí. Varias ciudades de todo el país nos unimos con ese objetivo común. Así, hemos impulsado el proyecto “Descubridores de Sefarad”: tiene similitud con la Compostelana del Camino de Santiago. Vas parando en las localidades dentro de la red y a medida que completas el pasaporte consigues regalos, desde un diario de viaje a una llave que es todo un símbolo: muchas familias judías se llevaron la llave de sus casas al ser expulsados porque tenían la esperanza de regresar».

¡Bendita esperanza!, me dije.

¿Es posible regresar a casa cuando se ha perdido el recuerdo del lugar del que procedes y al que perteneces?

Eso fue lo que pensé al contemplar con enorme emoción aquellos *responsa* ocultos en el cofre de latón, y esa misma idea fue la que cruzó por mi mente al ver la actitud de los nietos de mi amigo.

Sé que Ezra se esfuerza en recordarles quiénes son y cuáles son sus raíces, pero me temo que en este mundo globalizado los chicos tienen unos referentes muy diferentes a su abuelo. Ahora los llaman *influencers*, *youtubers*...

Tal vez haya que utilizar una de esas plataformas para recordar a los miles de jóvenes descendientes de sefarditas que existen en el mundo dónde está su verdadera casa. Afortunadamente, son muchos los que aún conservan su idioma. En aquella entrevista en *La Vanguardia*, Koldo Leoz explicaba al periodista que las principales comunidades sefarditas se encuentran en Estados Unidos, especialmente cerca de Seattle, pero también las hay en México, Argentina o Brasil, e incluso en Turquía y en Grecia.

El temor que me asaltó al leer aquellos *responsa* descubiertos cerca de Lucena y el gesto aburrido de la pequeña Ava, me han impulsado a escribir un puñado de cartas a la hija que nunca tuve en la vida real, pero que me acompaña en la soledad de mi imaginación y que se llama Hannah.

Mi esposa no es judía, pero se esfuerza por comprender mi cultura y mi religión. Ella no profesa ningún culto, no cree en ningún otro dios que la Naturaleza. Como jamás tuvimos hijos, nunca se planteó entre nosotros la duda sobre qué tipo de educación espiritual les ofreceríamos. Sin embargo, a mí me gusta soñar que mi hija imaginaria, a la que me dispongo a escribir ocho cartas, se sentiría tan judía como yo.

Ocho cartas para hablar de lo que fuimos y de lo que aún somos. Ocho cartas para hablar de Sefarad y de los sefarditas.

¡Sería tan hermoso que pudiera leerlas! Y que también lo hicieran todos los jóvenes judíos cuyo origen se encuentra en Sefarad, para que conozcan su historia y no repitan con el prójimo las mismas injusticias y atrocidades que otros cometieron con nosotros. Que el haber sido víctimas no nos convierta en verdugos, como ya ha ocurrido.

Por cierto, mi nombre es Gabriel Zarza y soy un viejo profesor de historia que se encuentra a las puertas de su jubilación.





PRIMERA CARTA A HANNAH:  
CUANDO CREÍAMOS EN LA MAGIA



---

Querida Hannah, debo confesarte que he dudado mucho a la hora de elegir los temas de los cuales te voy a hablar en estas cartas, pero lo más difícil fue seleccionar el primero de ellos.

Finalmente, he tomado la decisión de hablarte de nuestro perro, Raziel. ¿Lo recuerdas? Estoy seguro de que sí. Aunque nunca caminaste junto a nosotros, estoy convencido de que nos viste pasear durante más de doce años. O al menos eso quiero creer. Me gustaba pensar que reías cuando jugaba con él, o cuando le hablaba y él me miraba con aquellos ojos del color de la miel.

¿Nunca te preguntaste por qué lo llamé Raziel?

Me decidí por ese nombre en recuerdo de los lejanos días en los que nuestros antepasados en Sefarad creían en la magia.

---

## LA MAGIA EN LA TORÁ

Sí, ya sé que habrás leído en algunos libros que la tradición religiosa de nuestro pueblo rechazaba la práctica de la magia por considerarla impura, propia de las falsas religiones, de los cultos paganos. Y debo reconocer que la Torá condena aparentemente las creencias de las que te voy a hablar. Por ejemplo, en Deuteronomio (18, 9-11) podrás leer:

---

«Cuando hayas entrado en la tierra que Yahvé, tu Dios, te da, no imites las abominaciones de esas naciones, y no haya en medio de ti quien haga pasar por el fuego a su hijo o a su hija, ni quien se dé a la adivinación, ni a la magia, ni a la hechicería y encantamientos; ni quien consulte a encantadores, ni a espíritus, ni a adivinos, ni pregunte a los muertos».

---

Y en Levítico (19, 31) el mandato de Yahvé es similar: «No acudáis a los que evocan a los muertos ni a los adivinos, ni los consultéis, para no mancharos con su trato».

Incluso en el capítulo siguiente hay una seria advertencia para quienes no cumplan esa norma: «si alguno acudiere a los que evocan a los muertos y a los que adivinan, prostituyéndose ante ellos, yo me volveré contra él y lo exterminaré de en medio de su pueblo».

No puedo discutir la existencia de esas citas, e incluso podría añadir que en Éxodo (12, 18) se recomienda acabar con todas las prácticas de hechicería.

No olvido tampoco que el Talmud condena también a los magos e incluso establece una injusta relación entre los vicios sexuales y la magia practicada por mujeres. Tú, que eres mujer, supongo que estarás de acuerdo conmigo al menos en ese punto.

Pues bien, a pesar de todo lo dicho, en la Torá encontramos sonoras contradicciones en ese sentido, porque en Génesis (15, 1) leemos que Yahvé habló a Abraham «en visión»; es decir, en un estado alterado de conciencia. E igualmente recordarás que Jacob vio en sueños una escalera que ascendía hacia el cielo en el mismo libro (28, 12).

De modo que las visiones, la exploración a través de los sueños de realidades ocultas, sí son admitidas en nuestros textos sagrados. Y un buen ejemplo fue la extraordinaria capacidad que demostró José, hijo de Jacob o Israel, en Egipto.

Recordarás que José fue vendido por sus propios hermanos y que, tras diversas peripecias, se convirtió en mano derecha del faraón gracias a su don para interpretar los sueños y por su destreza en la práctica de la catoptromancia, una suerte de adivinación que realizaba empleando una copa de plata que un día le fue robada: «¿Por qué me habéis robado la copa de plata? Es donde bebe mi señor y de la que se sirve para adivinar...» (Gn, 44, 4).

Mucho tiempo después, tras la muerte de Moisés y después de que hubiera pasado la época de los Jueces, ya con la monarquía

en vigor, en el capítulo veintiocho del primer libro de Samuel, leemos que las prácticas paganas seguían siendo una costumbre común entre nuestros antepasados a pesar de que el propio rey Saúl «había hecho desaparecer de aquellas tierras a todos los evocadores de muertos y adivinos».

Pero curiosamente fue ese mismo rey quien, ante la amenaza de una posible invasión filisteá, acudió a la pitonisa de Endor en busca de ayuda: «predíceme el futuro evocando a un muerto, el que yo te diga».

La adivina conocía las advertencias que aquel monarca había hecho a quienes realizaran hechicerías semejantes y dudó sobre lo que debía hacer, pues temía por su vida. Sin embargo, ante la insistencia del rey Saúl accedió a comunicarse con el espíritu del profeta Samuel, que se mostró enormemente enojado por el hecho de que Saúl hubiera incumplido sus propias leyes y auguró que su tiempo en el trono de Israel acabaría pronto, como así sucedió. Ya sabes que fue sustituido por el joven David.

Por otra parte, si Yahvé era contrario a esas prácticas mágicas, ¿por qué autorizó en Éxodo (28, 30), el uso de esa especie de talismanes que llamados Urim y Tumim?

Por si no lo recuerdas, tras especificar las reglas que debían presidir el culto y cómo habían de ser las ropas sacerdotales, en ese libro se hace alusión a un pectoral «cuadrado y doble, de un palmo de largo y uno de ancho», adornado con «pedrería en cuatro filas», además de los mencionados Urim y Tumim para que el sacerdote «lleve así constantemente sobre su corazón ante Yahvé el juicio de los hijos de Israel».

Nadie sabe con certeza quién y con qué función había confeccionado esos objetos. Se ha dicho que Yahvé se los entregó en mano al propio Moisés y que se trataba de dos gemas o dos piedras preciosas que simbolizaban la luz y la verdad.

¿Cómo casa esa idea con las atronadoras advertencias que leemos en la Biblia?

«No escuchéis, pues, a vuestros profetas, a vuestros adivinos, a vuestros soñadores, a vuestros agoreros y a vuestros encantadores...», dice Jeremías (27, 9). Y en el libro de Daniel: «... Lo que pide el rey es un misterio que ni sabios, ni astrólogos, ni magos, ni adivinos son capaces de descubrir al rey...» (2, 27).

También aquí, en Sefarad, el ilustre Maimónides fue muy duro con esas prácticas herejes que en los viejos tiempos bíblicos convocaban a los nuestros en lugares de hechicerías, como Siquem o Guilgal:

---

«Sabed, señores, que todas esas cosas referentes a los decretos de los astros, que dicen que pasará tal cosa o tal otra, o que el momento del nacimiento de una persona determinará que será de tal manera o que le sucederá tal cosa y no tal otra, creer en ello no es cosa de sabios sino de tontos».

---

Pues ni Maimónides logró cambiar las cosas en ese punto, querida Hannah. Y es que, a pesar de todas esas advertencias, nuestra gente siguió practicando la magia, como por ejemplo la práctica de la *kapará*. ¿Habías oído hablar de ello? Se trata de un ritual que se realiza en la víspera de la fiesta del Yom Kipur, de la que te hablaré en una carta futura, y que consiste en el sacrificio de un gallo por cada judío, o de una gallina por cada mujer, para rescatar al fiel de sus pecados.

¿No te parece que ese ritual tiene reminiscencias paganas?

En mi opinión, la ley se vio incapaz de erradicar ciertas costumbres y las hizo suyas. Y ese es un claro ejemplo.

En Sefarad, querida Hannah, hubo magníficos astrólogos judíos que pusieron sus conocimientos al servicio de reyes cristia-

nos, caso de Yishaq ben Moseh ha-Leví, que vivió entre los siglos XIV y XV, y fue el astrólogo de cabecera del rey Juan I de Aragón.

Hace unos años, mientras recopilaba información sobre la vida cotidiana de nuestros antepasados en Sefarad, leí con mucha atención el libro de Enrique Cantera Montenegro titulado *Los judíos y las ciencias ocultas en la España medieval*, en el que cita la invocación de las gotillas, que tenía una finalidad terapéutica. Se trataba de un ritual en el que se llenaba de agua pura una escudilla y se pronunciaba después el nombre del enfermo. A continuación, se vertía en el recipiente aceite, cera o plomo derretido (a veces, también granos de trigo, cebada, oro, plata, coral o ámbar en número de cinco a nueve) y se colocaba sobre la cabeza del enfermo. En ese momento, el rabino o practicante *leía* en aquella mezcla la causa de la enfermedad, y tras colocar la escudilla en diferentes zonas del cuerpo del paciente invocaba la misericordia divina o el nombre de algunos profetas. Después, arrojaba el contenido de la escudilla con la seguridad de que con ese acto había erradicado el mal que aquejaba al paciente.

También creían nuestros antepasados en la vieja Sefarad que se podía lograr el amor de una mujer escribiendo el nombre del pretendiente con la sangre de una gallina o de una paloma de plumas preferentemente blancas. A continuación, debía borrar-se el nombre escrito empleando para ello agua pura que había que dar de beber a la mujer.

También era habitual practicar la bibliomancia, que consiste en encontrar la respuesta a una cuestión abriendo las páginas de la Biblia al azar. La respuesta se encontraba en el primer versículo sobre el que el consultante posase su mirada. Si lo narrado en ese versículo formaba parte de un suceso favorable para los hijos de Israel, el presagio era bueno; en cambio sería mal augurio si el pasaje hablaba de un momento oscuro de la historia de nuestro pueblo.

Enrique Cantera recordaba en esa obra que los judíos daban credibilidad al mal de ojo, y que el Talmud «señala entre las personas más propensas a sufrirlo a enfermos, a las mujeres embarazadas y parturientas, a los recién nacidos, a los recién casados y a quienes estaban de duelo durante el período de siete días siguientes al fallecimiento de un pariente próximo».

Como bien sabes, el mal de ojo es un conjuro o hechizo frecuentemente atribuido a una bruja que, con palabras cuidadosamente elegidas, provocaba desgracias y enfermedades en la víctima elegida por ella.

La víctima del hechizo, el aojado, debía buscar la ayuda de un rabino o *desaoador* que leía los versículos del libro de los Salmos en los que se asegura que Yahvé jamás abandona a su pueblo. Después, imponía sus manos sobre el hechizado o le lavaba la cara con agua salada dejada al sereno previamente durante tres noches. En caso de necesidad, invocaba también a los ángeles y a los profetas, si fuera preciso.

Y es que los conjuros o la magia simpática eran frecuentes debido a que se creía a pies juntillas que se podía dañar a una persona si se hacía una réplica de ella y se lastimaba la imagen realizada.

Pero no te escandalices, Hannah, con todo esto que te estoy contando. Piensa que en la Edad Media tanto los cristianos como los musulmanes creían posibles esas cosas, de modo que nuestro pueblo no pudo ser ajeno a todo aquello. En alguna de mis futuras cartas te hablaré del rey Alfonso X el Sabio y de los libros de magia que ordenó traducir. Lo que sucede es que a los nuestros siempre se les miró con recelo y se les atribuyeron crímenes que jamás cometieron y actos supuestamente delictivos, como este tipo de prácticas y creencias, que resultaban ser comunes en las tres culturas que convivieron en Sefarad durante siglos.



A los nuestros, como ya te contaré, se les acusó incluso de cometer crímenes rituales en los que se sacrificaban niños, que, naturalmente, eran cristianos. Tan extendida estaba aquella absurda creencia, que en el título XXIV de la Séptima Partida del rey Alfonso X el Sabio se hace referencia a esta cuestión:

---

«Y porque oímos decir que en algunos lugares los judíos hicieron y hacen el día de Viernes Santo memoria de la pasión de nuestro señor Jesucristo en manera de escarnio, hurtando los niños y poniéndolos en cruz, o haciendo imágenes de cera y crucificándolas cuando los niños no pueden tener, mandamos, que si fama fuere de aquí en adelante que en algún lugar de nuestro señorío tal cosa sea hecha, si se pudiere averiguar, que todos aquellos que acertaren en aquel hecho que sean presos y recaudados y conducidos hasta el rey...».

---

En alguna de mis futuras cartas tengo pensado relatarte cómo se nos llegó a culpar hasta de la peste negra que asoló a Europa en 1348. Dijeron que los nuestros habían envenenado el agua de los pozos, ¿qué te parece, querida Hannah?

No resulta extraño que la gente tuviera esa mala imagen de nosotros cuando incluso Gonzalo de Berceo escribe así a propósito de un judío en *El Milagro de Teófilo*, dentro de sus famosos *Milagros de Nuestra Señora*:

---

«Do moraba Teofilo en essa bispalia, / Avie y un iudio en essa iuderia: / Sabié él cosa mala, toda alevosia, / Ca con la uest antigua avie su cofradria. / Era el trufan falso pleno de malos vicios, / Sabie encantamientos e otros artifiçios, / Façie el malo çercos e otros artifiçios, / Belçebud lo guiaba en todos sus ofiçios».

---